

Camino Discípular Misionero

Para sembrar la esperanza

Semillas de Esperanza

Ejercicios de reconocimiento



Tiempo para la Siembra





Presentación

Como porción del pueblo de Dios que peregrina en Bogotá Región, hemos redescubierto nuestro ser discípulos misioneros de Jesucristo, Evangelio del Padre, y el valor de caminar juntos hacia Dios.

Después del discernimiento que llevamos a cabo el año pasado y de construir nuestras cuatro decisiones, con gran entusiasmo y confianza ponemos, ahora a disposición de todos los animadores de la evangelización en la arquidiócesis, este sencillo folleto que contiene tres ejercicios comunitarios por medio de los cuales queremos recorrer el primer trayecto de nuestro Camino Discipular Misionero (CDM).

Se trata de reconocer juntos las “semillas de esperanza” que ya están presentes en nuestras comunidades eclesiales y en nuestra ciudad región para valorarlas, agradecerlas y proyectar la misión que llevaremos a cabo el próximo año. Los animamos a vivir estos ejercicios que nos permiten, además de crecer en el estilo sinodal de ser pueblo de Dios en camino, conocer la esperanza a la que hemos sido llamados (cf. Ef. 1, 18).

El primer ejercicio nos permitirá aprender la mirada contemplativa de Jesús que sabe ver y favorecer la acción creadora del Padre. El segundo, nos ayudará a valorar las experiencias de vida nueva que el Espíritu viene suscitando en nuestras comunidades eclesiales y en nuestra ciudad región. El tercero, nos ayudará a identificar otros campos por sembrar y a proyectar la misión arquidiocesana del próximo año.

Estos tres ejercicios están pensados para llevarse a cabo creativamente en las bases de nuestras comunidades; en ellos están presentes los tres pilares de la sinodalidad: crear comunidad, abrirnos a la participación y comprometernos con la misión. Por esto, es importante que se aprovechen para salir al encuentro de muchas personas.

Que el Señor de la mañana, con el poder de su resurrección, renueve nuestra esperanza.

+ Germán Medina Acosta
Obispo Auxiliar
Vicario de Evangelización



Contenido

05

Creámosle al Evangelio

06

Repoblar el bosque después de la tormenta

08

El cambio de mirada

16

Somos fruto, somos semilla


24

Otros campos por sembrar

30

Oraciones






“Creámosle al Evangelio que dice que el Reino de Dios ya está presente en el mundo, y está desarrollándose aquí y allá, de diversas maneras: como la semilla pequeña que puede llegar a convertirse en un gran árbol (cf. Mt 13, 31 - 32), como el puñado de levadura, que fermenta una gran masa (cf. Mt 13, 33), y como la buena semilla que crece en medio de la cizaña (cf. Mt 13, 24 -30), y siempre puede sorprendernos gratamente. Ahí está, viene otra vez, lucha por florecer de nuevo. La resurrección de Cristo provoca por todas partes gérmenes de ese mundo nuevo; y aunque se los corte, vuelven a surgir, porque la resurrección del Señor ya ha penetrado la trama oculta de esta historia, porque Jesús no ha resucitado en vano. ¡No nos quedemos al margen de esa marcha de la esperanza viva!”

Evangelii Gaudium 78

Repoblar el bosque después de la tormenta

El 26 de diciembre de 1999, el huracán Lothar se abatió sobre Europa, especialmente sobre el este de Francia, con vientos de más de 150 km por hora. Se calcula que este huracán derribó más de trescientos millones de árboles en el territorio francés. El huracán dejó una estela de muerte y desolación. Se estima que hubo alrededor de 60 muertos y algunos suicidios entre los guardabosques y propietarios que no pudieron soportar la magnitud de la catástrofe. Un guardabosque decía: “El derrumbe de una catedral no es tan grave, pues la catedral se puede reconstruir; pero no así un cedro de 300 o 400 años”.

Inmediatamente después de la catástrofe, las oficinas de estudios forestales prepararon programas de reforestación, proyectos de regeneración por injerto, planes de resiembra. Se trataba de aprovechar la catástrofe para reconstruir el bosque según un modelo ideal. Pero cuando los ingenieros forestales comenzaron a poner por obra sus planes, se dieron cuenta de que el bosque se les había adelantado. Pudieron comprobar que la regeneración natural avanzaba más rápidamente de lo previsto, entrabando sus planes de reforestación; era evidente la manifestación de una nueva y más ventajosa reconfiguración del bosque en la que no habían pensado los reforestadores. La regeneración natural manifestaba, desde muchos puntos de vista,



una mejor biodiversidad y un mejor equilibrio ecológico entre las píceas (árboles de la familia de las pináceas) y los árboles de hojas caducas. Especies que antes de la tragedia estaban prácticamente ahogadas por la tupida vegetación, reaparecían ahora. La catástrofe también fue útil para que ciertas especies animales revivieran y se expandieran.

Así pues, los ingenieros forestales pasaron de una política voluntarista de reconstrucción según sus planes, a otra más flexible de acompañamiento de la regeneración natural del bosque, tratando de comprender y de aprovechar las nuevas y más ventajosas posibilidades generadas. No se trataba de renunciar a intervenir allí donde fuera necesario, sino más bien de acompañar, con competencia y de manera activa y vigilante, el proceso de regeneración natural. Así se expresa un ingeniero forestal sobre esta actitud de acompañamiento: “Brotaban por doquier retoños de árboles de especies muy variadas. Entonces nuestro trabajo fue liberarlos delicadamente de malezas y obstáculos, acompañarlos, acoger la vida, así, natural, en lugar de creer que ella había desaparecido, o de querer implantarla artificialmente”.

André Fossion

El Cambio de Mirada

Primer ejercicio

“El mirar de Dios es amar”

San Juan de la Cruz:


Canto espiritual 19, 6

Introducción

En medio de la realidad cambiante, compleja y agobiante, donde el dolor y el sufrimiento están latentes, es necesario aprender a mirar con ojos de fe esta realidad. La mirada de fe nos permite ver, en medio de la oscuridad, la presencia luminosa de Cristo misericordioso, que nos invita a proyectar su luz y la fuerza de su Espíritu que crea fraternidad y solidaridad.

La Luz de Cristo nos ayuda a reconocer y a valorar la riqueza de la diversidad humana y las sombras que afectan nuestras relaciones interpersonales. Estas sombras, tienen que ver con nuestra fragilidad y con la falta de respeto a la dignidad de toda persona.

Por otra parte, no podemos desconocer que la realidad es poliédrica y que, por tanto, se hacen necesarios distintos ángulos de visión para comprenderla. En este



esfuerzo por reconocer la diversidad y la diferencia, asumimos la mirada de Jesús que dignifica, libera, sana y redime.

Jesús sabe ver la miseria del pueblo disperso y sin guías que lo cuiden; y entonces, manifiesta su compasión y misericordia. No obstante, sus ojos no se quedan en el abandono, sino que descubren valores que han crecido en circunstancias nada favorables. Su mirada contempla la obra del Padre, el Reino que llega en las personas sencillas que lo buscan.

Este primer ejercicio de nuestro Camino Discipular Misionero, parte de la necesidad de nuestro cambio de mirada: necesitamos una nueva sensibilidad contemplativa para percibir el misterioso actuar de Dios en nuestra ciudad región.

Propósitos

Revisar la manera como usualmente vemos la realidad.

Aprender de la mirada de Jesús, a reconocer no solo las sombras del mundo actual sino, en medio de ellas, el acontecer del Reino de Dios.

Pedir la acción del Espíritu para que obre en nosotros el cambio de mirada, de tal manera que podamos ver con los ojos de Cristo.

Oración

La persona que orienta el ejercicio, anima a los participantes a vivir la experiencia de oración que en seguida se indica.



Canto: ¿Cómo es la mirada de Jesús?

<https://youtu.be/QK3ONXkKOi8>

Texto bíblico: Lucas 19, 1- 10

“Habiendo entrado Jesús en Jericó, pasaba por la ciudad. Y un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de los recaudadores de impuestos y era rico, trataba de ver quién era Jesús; pero no podía a causa de la multitud, ya que él era de pequeña estatura. Y corriendo delante, se subió a un sicómoro para verla, porque Jesús estaba a punto de pasar por allí.

Cuando Jesús llegó al lugar, miró hacia arriba y le dijo: Zaqueo, date prisa y desciende, porque hoy debo quedarme en tu casa. Entonces él se apresuró a descender y le recibió con gozo. Y al ver esto, todos murmuraban, diciendo: Ha ido a hospedarse con un hombre pecador.

Y Zaqueo, puesto en pie, dijo la Señora: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes daré a los pobres, y si en algo he defraudado a alguno, se lo restituiré cuadruplicado. Y Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta casa, ya que él también es hijo de Abraham; porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido”


Palabra del Señor

Meditación

“Dejemos que la mirada de Jesús recorra nuestras calles”

“Celebramos la fiesta del apóstol y evangelista san Mateo. Celebramos la historia de una conversión. Él mismo, en su evangelio, nos cuenta cómo fue el encuentro que marcó su vida, él nos introduce en un «juego de miradas» que es capaz de transformar la historia.

Un día, como otro cualquiera, mientras estaba sentado en la mesa de la recaudación de los impuestos, Jesús pasaba, lo vio, se acercó y le dijo: «Sígueme. Y él, levantándose, lo siguió».




Jesús lo miró. Qué fuerza de amor tuvo la mirada de Jesús para movilizar a Mateo como lo hizo; qué fuerza han de haber tenido esos ojos para levantarlo. Sabemos que Mateo era un publicano, es decir, recaudaba impuestos de los judíos para dárselo a los romanos. Los publicanos eran mal vistos e incluso considerados pecadores, y por eso vivían apartados y despreciados por los demás. Con ellos no se podía comer, ni hablar, ni orar. Eran traidores para el pueblo: le sacaban a su gente para dárselo a otros. Los publicanos pertenecían a esta categoría social.

Y Jesús se detuvo, no pasó de largo precipitadamente, lo miró sin prisa, lo miró con paz. Lo miró con ojos de misericordia; lo miró como nadie lo había mirado antes. Y esa mirada abrió su corazón, lo hizo libre, lo sanó, le dio una esperanza, una nueva vida como a Zaqueo, a Bartimeo, a María Magdalena, a Pedro y también a cada uno de nosotros. Aunque no nos atrevamos a levantar los ojos al Señor, Él siempre nos mira primero. Es nuestra historia personal; al igual que muchos otros, cada uno de nosotros puede decir: yo también soy un pecador en el que Jesús puso su mirada. Los invito a que hoy en sus casas, o en la iglesia, estén tranquilos, solos, hagan un momento de silencio para recordar con gratitud y alegría aquellas circunstancias, aquel momento en que la mirada misericordiosa de Dios se posó en nuestra vida.

Su amor nos precede, su mirada se adelanta a nuestra necesidad. Él sabe ver más allá de las apariencias, más allá del pecado, del fracaso o de la indignidad. Sabe ver más allá de la categoría social a la que podemos pertenecer. Él ve más allá esa dignidad de hijo, tal vez ensuciada por el pecado, pero siempre presente en el fondo de nuestra alma, es nuestra dignidad de hijos. Él ha venido precisamente a buscar a todos aquellos que se sienten indignos de Dios, indignos de los demás.

Dejémonos mirar por Jesús, dejemos que su mirada recorra nuestras calles, dejemos que su mirada nos devuelva la alegría, la esperanza, el gozo de la vida.




Después de mirarlo con misericordia, el Señor le dijo a Mateo: «Sígueme». Y Mateo se levantó y lo siguió. Después de la mirada, la palabra. Tras el amor, la misión.

Mateo ya no es el mismo, interiormente ha cambiado. El encuentro con Jesús, con su amor misericordioso, lo transformó. Y allá atrás queda el banco de los impuestos, el dinero, su exclusión. Antes él esperaba sentado para recaudar, para sacarle a otros, ahora con Jesús tiene que levantarse para dar, para entregar, para entregarse a los demás. Jesús lo miró y Mateo encontró la alegría en el servicio. Para Mateo, y para todo el que sintió la mirada de Jesús, sus conciudadanos no son aquellos a los que «se vive», se usa, se abusa. La mirada de Jesús genera una actividad misionera, de servicio, de entrega. Sus conciudadanos son aquellos a los que Él sirve. Su amor cura nuestras miopías y nos estimula a mirar más allá, a no quedarnos en las apariencias o en lo políticamente correcto.

Jesús va delante, nos precede, abre el camino y nos invita a seguirlo. Nos invita a ir lentamente superando nuestros preconceptos, nuestras resistencias al cambio de los demás e incluso de nosotros mismos. Nos desafía día a día con una pregunta: ¿Crees? ¿Crees que es posible que un recaudador se transforme en servidor?

¿Crees que es posible que un traidor se vuelva un amigo? ¿Crees que es posible que el hijo de un carpintero sea el Hijo de Dios? Su mirada transforma nuestras miradas, su corazón transforma nuestro corazón. Dios es Padre que busca la salvación de todos sus hijos.

Dejémonos mirar por el Señor en la oración, la Eucaristía, en la Confesión, en nuestros hermanos, especialmente en aquellos que se sienten dejados, más solos. Y aprendamos a mirar como Él nos mira. Compartamos su ternura y su misericordia con los enfermos, los presos, los ancianos, las familias en dificultad. Una y otra vez somos llamados a aprender de Jesús que mira siempre lo más auténtico que vive



en cada persona, que es precisamente la imagen de su Padre.” (Tomado de: Papa Francisco, Homilía en Holguín-Cuba, septiembre 21 de 2015).

Pregunta para la reflexión personal:

¿En qué ocasiones de mi vida he experimentado la mirada misericordiosa de Jesús?

Se concluye realizando juntos la “Adsumus, Sancte Spiritus”.

(Véase en los anexos, página 30).

Primer momento: Nuestras miradas

Después de haber orado, en este primer momento del ejercicio, el animador presenta a través de diapositivas, imágenes que caracterizan nuestras formas de mirar.

Posteriormente, invita a cada participante a responder las siguientes preguntas:

¿Cuál es mi mirada sobre la realidad del entorno en el que vivo? ¿Por qué lo miro de esta manera?

Pasado un tiempo prudencial, se conforman pequeños grupos donde se comparten los frutos de la reflexión anterior y conversan ayudados por estas otras preguntas:

¿Cuáles son los rasgos de la mirada que tenemos sobre la realidad en la que vivimos?

¿Estos rasgos de nuestras miradas tienen que ver con la mirada de Jesús?

Luego, en las mismas ternas se ora pidiendo de manera espontánea al Señor que nos ayude a aprender su forma de mirar nuestra realidad.

Segundo momento: Una nueva sensibilidad para el misterio


Enseguida, con el fin de enriquecer la reflexión, el animador proclama el texto de Mateo 9, 36 - 10, 8 y orienta la lectura del siguiente aporte:

Una nueva sensibilidad para el misterio

“Podemos reflexionar a partir del texto evangélico en el que contemplamos a Jesús mirando la realidad más allá de la superficie evidente de abandono en que vive el pueblo, hasta llegar a otra dimensión más honda en la que descubre el proyecto del Padre, de quien Jesús recibe el dinamismo que transmite a sus discípulos.

a) Jesús mira y ve (Mt 9,36 - 10,8). Ese es el primer paso. No esquiva con sus ojos la realidad dura de su pueblo. «Contemplaba», dice el texto, es decir, miraba lentamente una y otra vez; posaba la mirada sobre la costra reseca y sin belleza de golpes mal curados, tratando de ahondar su percepción del pueblo. Y en esa primera mirada ve la miseria del pueblo disperso ante la ausencia de verdaderos pastores que cuidasen de sus ovejas, ve las mordeduras mal cicatrizadas de los lobos. De esta primera mirada nace la compasión, la misericordia. Su corazón sensible sufre la miseria y el abandono de su pueblo.

b) Pero Jesús tiene otra mirada. Sorprendentemente, después de decir que el pueblo está mal, afirma que ya llegó el tiempo de la siega. ¿Cómo es posible este cambio de lenguaje? Para Jesús la cosecha está ahí a la vista. Esta afirmación supone una segunda mirada, más profunda que la anterior. No se quedan sus ojos en el abandono, sino que descubre en medio del pueblo unos valores que han crecido en circunstancias nada favorables, una madurez de trigo listo para la cosecha. Esta mirada es mucho más lúcida. Atraviesa la exterioridad de las apariencias, de los juicios dominantes que descalificaban al pueblo sencillo



y, descubre los verdaderos valores, la obra del Padre, el reino que llega en esas personas sencillas del pueblo que buscan con tanta pasión. Si buscan, es porque dentro ellos, está vivo el reino, porque no se han dejado derrotar por las situaciones hostiles y desesperadas.

(c) *Jesús actúa*. Los doce son también gente del pueblo. También en ellos ha descubierto posibilidades que otras personas no han visto. El reino también está apuntando ya en ellos. Y los envía a sanar a la gente por dentro, a sanarlos de los malos espíritus que dividen, desalientan y paralizan la vida, y a sanarlos también de las enfermedades del cuerpo. El reino es vida en la plenitud del cuerpo y del espíritu. Regresarán maravillados por lo que han visto y oído. Solo al implicarse en la misión pueden ver cómo el reino nace.

Esta manera de mirar es don del reino ofrecido a todos: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios» (Mt 5, 8). Hay que limpiar el corazón de visiones viejas aprendidas con el ojo de la sinagoga, de amarguras que ensombrecen la mirada y de codicias selectivas a la búsqueda de presas para llenar las propias necesidades” (Tomado de: Benjamín González Buelta, *Ver o perecer. Mística de ojos abiertos, Santander, Sal Terrae, 2006, 81-86*).

El encuentro se finaliza, invitando a cada participante a mojar uno de sus dedos pulgares con el agua dispuesta en las fuentes (recipientes) previamente preparadas y a realizar el signo de la cruz sobre los propios párpados, evocando así la acción sanadora de Jesús que cura nuestras cegueras. Todos concluyen haciendo juntos la *“Oración sobre la mirada de Jesús”*

(Véase en los anexos, página 31).

Somos Fruto, Somos Semilla

Segundo ejercicio


*“Dios sigue derramando en la humanidad,
semillas de bien”*
Fratelli Tutti 54

Introducción

Como discípulos misioneros estamos llamados, con la mirada de Jesús, a reconocer la presencia cierta del Reino en la vida personal, en la vida de nuestras comunidades y en las dinámicas vitales de nuestra ciudad región.

Para el desarrollo de este ejercicio recomendamos favorecer espacios de reflexión personal y diálogo comunitario. Es de vital importancia, además, contar con la participación de niños, niñas, adolescentes y jóvenes (especialmente de aquellos que no han frecuentado la comunidad). También es necesaria la participación de animadores de la evangelización de la comunidad, quienes llevarán recuerdos, fotografías o elementos de la historia de la misma.

El presente ejercicio, es una experiencia para realizar en múltiples ocasiones y en múltiples ambientes eclesiales y no eclesiales.



Conviene tener previamente preparados los siguientes materiales que se van a utilizar durante el ejercicio: Biblia, semillas para los participantes, dos recipientes o bandejas y altar de la Palabra.

Propósitos

Hacer memoria de la siembra de la cual somos fruto como personas y miembros del pueblo de Dios.

Tomar conciencia de que hoy somos semillas llamadas a dar, mañana, abundantes frutos.

Reconocer, también, las semillas de esperanza que están presentes en otros escenarios de nuestra ciudad región.

Oración

Ambientación: La mesa de la Palabra se adornada con frutas, semillas y una luz.

Motivación

Vivimos en un mundo roto, donde los nubarrones del pesimismo ocultan el sol de la esperanza, somos víctimas del miedo, de los enfrentamientos de los odios, las enfermedades, el peligro de la guerra, la incertidumbre. En un mundo así, los miembros del pueblo de Dios son llamados con insistencia a iluminar con la Luz de Cristo, en medio de esas tinieblas como una luz puesta en un candelero, pero, sí los miembros del Pueblo de Dios tentados por las tinieblas son apenas una mecha humeante y se dejan agobiar por las dificultades ¿dónde queda la tarea confiada por el Señor? ¿la responsabilidad de iluminar el mundo con Su Luz? Hoy más que nunca somos convocados como Pueblo de Dios en camino a ser profecía de la Esperanza, Luz en las tinieblas, signo de comunión y alegría, experiencia de fraternidad al servicio de todos; hoy es un día para saber que se puede, creer que se puede, para dejar a un lado los miedos y para experimentarse semilla de esperanza.

En actitud meditativa escuchemos esta canción y nos disponemos para recibir la Palabra de Dios.



Canto: Color Esperanza
<https://youtu.be/mqYuFDKjuas>

Aleluya: mientras se canta se hace una procesión de entrada con la Palabra y se ubica en el altar previamente dispuesto; luego, desde un atril la persona designada proclama el texto.

Texto bíblico: Marcos 4, 26 – 32

“Jesús dijo, además: «Escuchen esta comparación del Reino de Dios. Un hombre esparce la semilla en la tierra, y ya duerma o esté despierto, sea de noche o de día, la semilla brota y crece, sin que él sepa cómo. La tierra da fruto por sí misma: primero la hierba, luego la espiga, y por último la espiga se llena de granos. Y cuando el grano está maduro, se le mete la hoz, pues ha llegado el tiempo de la cosecha.»


Jesús les dijo también: «¿A qué se parece el Reino de Dios? ¿Con qué comparación lo podríamos expresar? Es semejante a una semilla de mostaza; al sembrarla, es la más pequeña de todas las semillas que se echan en la tierra, pero una vez sembrada, crece y se hace más grande que todas las plantas del huerto y sus ramas se hacen tan grandes que los pájaros del cielo buscan refugio bajo su sombra”.

Palabra del Señor

Meditación

La razón de nuestra esperanza

“El Evangelio de hoy está formado por dos parábolas muy breves: la de la semilla que germina y crece sola, y la del grano de mostaza (cf. Mc 4, 26–34). A través de estas imágenes tomadas del mundo rural, Jesús presenta



la eficacia de la Palabra de Dios y las exigencias de su Reino, mostrando las razones de nuestra esperanza y de nuestro compromiso en la historia.

En la primera parábola la atención se centra en el hecho que la semilla, echada en la tierra, se arraiga y desarrolla por sí misma, independientemente de que el campesino duerma o vele. Él confía en el poder interior de la semilla misma y en la fertilidad del terreno. En el lenguaje evangélico, la semilla es símbolo de la Palabra de Dios, cuya fecundidad recuerda esta parábola. Como la humilde semilla se desarrolla en la tierra, así la Palabra actúa con el poder de Dios en el corazón de quien la escucha. Dios ha confiado su Palabra a nuestra tierra, es decir, a cada uno de nosotros, con nuestra concreta humanidad. Podemos tener confianza, porque la Palabra de Dios es palabra creadora, destinada a convertirse en «el grano maduro en la espiga» (v. 28). Esta Palabra si es acogida, da ciertamente sus frutos, porque Dios mismo la hace germinar y madurar a través de caminos que no siempre podemos verificar y de un modo que no conocemos (cf. v. 27). Todo esto nos hace comprender que es siempre Dios, es siempre Dios quien hace crecer su Reino —por esto rezamos mucho «venga a nosotros tu Reino»—, es Él quien lo hace crecer, el hombre es su humilde colaborador, que contempla y se regocija por la acción creadora divina y espera con paciencia sus frutos.

La Palabra de Dios hace crecer, da vida. Y aquí quisiera recordaros otra vez la importancia de tener el Evangelio, la Biblia, al alcance de la mano —el Evangelio pequeño en el bolsillo, en la cartera— y alimentarnos cada día con esta Palabra viva de Dios: leer cada día un pasaje del Evangelio, un pasaje de la Biblia. Jamás olvidéis esto, por favor. Porque esta es la fuerza que hace germinar en nosotros la vida del reino de Dios.

La segunda parábola utiliza la imagen del grano de mostaza. Aun siendo *la más pequeña de todas las semillas, está llena de vida y crece hasta hacerse «más alta que las demás hortalizas (Mc 4,32).* Y así es

el reino de Dios: una realidad humanamente pequeña y aparentemente irrelevante.

Para entrar a formar parte de él es necesario ser pobres en el corazón; no confiar en las propias capacidades, sino en el poder del amor de Dios; no actuar para ser importantes ante los ojos del mundo, sino preciosos ante los ojos de Dios, que tiene predilección por los sencillos y humildes. Cuando vivimos así, a través de nosotros irrumpen la fuerza de Cristo y transforma lo que es pequeño y modesto en una realidad que fermenta toda la masa del mundo y de la historia.

De estas dos parábolas nos llega una enseñanza importante: el Reino de Dios requiere nuestra colaboración, pero es, sobre todo, iniciativa y don del Señor. Nuestra débil obra, aparentemente pequeña frente a la complejidad de los problemas del mundo, si se la sitúa en la obra de Dios no tiene miedo de las dificultades. La victoria del Señor es segura: su amor hará brotar y hará crecer cada semilla de bien presente en la tierra. Esto nos abre a la confianza y a la esperanza, a pesar de los dramas, las injusticias y los sufrimientos que encontramos. La semilla del bien y de la paz germina y se desarrolla, porque el amor misericordioso de Dios hace que madure”


(Tomado de: Papa Francisco, Ángelus, junio 14 de 2015).



Para finalizar la oración se observa, en actitud contemplativa, el siguiente video <https://youtu.be/Mv4ZMhKp9C8>

Primer momento: Hubo siembra, somos fruto

En este primer momento del ejercicio, el animador invita a los participantes a mirar la propia historia personal para identificar, en ella, personas y experiencias (positivas o negativas, de “vida o de muerte”) que con su presencia contribuyeron a darle una orientación a su vida.



Cada participante recibe un puñado de semillas, y, en silencio (puede haber música instrumental), identifica y distingue aquellas experiencias que más contribuyeron a la maduración de su vida como bautizado y ciudadano.

Posteriormente, reunidos por binas, se comparte de forma espontánea el fruto de esta reflexión.


Diálogo

Enseguida, el animador evoca el siguiente llamado del Papa Francisco:

“... a veces (los jóvenes) suelen prestar poca atención a la memoria del pasado del que provienen, en particular a los numerosos dones que les han transmitido sus padres y abuelos, al bagaje cultural de la sociedad en la que viven. Ayudar a los jóvenes a descubrir la riqueza viva del pasado, haciendo memoria y sirviéndose de este para las propias decisiones y posibilidades, es un verdadero acto de amor hacia ellos, en vista de su crecimiento y de las decisiones que deberán tomar.

La Palabra de Dios recomienda no perder el contacto con los ancianos, para poder recoger su experiencia: «Acude a la reunión de los ancianos, y si encuentras a un sabio júntate a él [...]. Si ves a un hombre prudente, madruga para buscarlo, que tus pies desgasten el umbral de su puerta» (Si 6,34.36). En todo caso, los largos años que ellos vivieron y todo lo que han pasado en la vida, deben llevarnos a mirarlos con respeto: «Ponte de pie ante el hombre de canas» (Lv 19,32). Porque «la fuerza es el adorno de los jóvenes, las canas son el honor de los ancianos» (Pr 20,29).” (*Christus Vivit 187-188*)

Luego, el animador solicita a las personas de mayor edad entre los asistentes, a intervenir respondiendo a las siguientes preguntas: ¿Cómo surgió esta comunidad? ¿Cuáles han sido los momentos de mayor recordación (incluyendo aquellos de oscuridad y dolor)? ¿Cómo estas experiencias le han dado una orientación y una identidad a lo que somos?



Los adultos que tomen la palabra podrán apoyarse en las fotografías y elementos que han traído al encuentro. En la medida en que ellos intervengan, depositarán algunas semillas en la bandeja dispuesta para esto, simbolizando el fruto que, a la vez, puede transformarse en semilla.

Una vez hecha la intervención de los adultos, se invitará a los jóvenes a profundizar en sus relatos a través de preguntas espontáneas.

Luego, el animador llama a los jóvenes a participar en el diálogo a partir de las siguientes preguntas:

¿Qué semillas de bien descubro en nuestra ciudad hoy (personas, organizaciones, experiencias) que nos animan y estimulan a construir con esperanza mejores comunidades humanas y cristianas?

¿Cuál es la semilla de bien que yo quisiera sembrar hoy, para que las futuras generaciones la cosechen abundantemente?

En la medida en que los jóvenes intervienen depositan una semilla en la segunda bandeja dispuesta para recogerlas.


Segundo momento: Profundización

El animador recoge la experiencia vivida con estas u otras palabras que ayuden a reconocer frutos y semillas de esperanza.

¿Por qué nos experimentamos fruto?

Porque nos antecede la siembra de otros, la tarea evangelizadora realizada por otras personas.

Porque hubo quien sembró, quien cultivó y porque el Espíritu de Dios, fue dando crecimiento a esa acción confiada de los antepasados (cf. 1 Cor 3,6).



Porque hubo semillas que corrieron el riesgo de caer en tierra y morir (cf. Jn 12,24).

Porque hubo personas (padres y madres de familia, maestros, catequistas, líderes comunitarios, religiosos, sacerdotes, benefactores...) que supieron esperar, sembraron con esperanza.

¿Por qué nos experimentamos semilla?

Porque Dios no se cansa de esperar, confía.

Porque llevamos en nosotros la fuerza indomable del Espíritu recibida en el bautismo.

Porque tenemos una vocación transformadora en la historia.

Porque somos receptores de una vida en abundancia y llamados a transmitirla.

Porque no estamos acabados, somos el Reino en estado germinal.

Al finalizar el encuentro, los participantes intercambian las semillas: los adultos entregan sus frutos a los jóvenes y los jóvenes entregan sus semillas a los adultos.

Luego realizan juntos la *Oración para crecer en la Esperanza* y se brindan el saludo de la fraternidad y de la paz.

(Véase en los anexos, página 32).

Otros Campos por Sembrar

Tercer ejercicio

“Necesitamos crear una sensibilidad nueva para poder percibir cómo Dios llega hoy hasta nosotros en la discreción de los brotes incontables que crecen por todas partes y anuncian el futuro”


Benjamín González Buelta S.J.

Introducción

Hemos identificado, en el ejercicio anterior, las semillas de esperanza que están presentes en el “campo de Dios”; estas semillas de esperanza son “brotes de resurrección” que reflejan el acontecer del Reino de Dios entre nosotros.

Si bien, nos alegra y anima reconocer los brotes de resurrección, el Señor nos ha confiado la misión de contribuir con él para salir al encuentro de aquellos “otros campos” que, por su particular situación, requieren especial atención, de modo que sean preparados, sembrados y cultivados con su Evangelio.

Con el presente ejercicio se trata de reconocer precisamente aquellos “otros campos” que por diversas circunstancias se encuentran en situación de olvido, descuido y/o aridez, y que, por tanto, no han podido dar el fruto que esperan; además, buscamos seleccionar



entre las semillas de esperanza ya identificadas, aquellas que por su actual dinamismo y fecundidad pueden ser sembradas allí.

Estos “otros campos” y semillas de esperanza seleccionados, serán decisivos para pensar y proyectar la misión arquidiocesana que llevaremos a cabo todos los miembros del pueblo de Dios que peregrina en nuestra ciudad región, el próximo año.

Propósitos

Reconocer los nuevos campos para la siembra y las semillas que por su actual dinamismo y fecundidad pueden ser sembradas en dichos campos.

Iniciar la preparación para la gran misión arquidiocesana que llevaremos a cabo en el año 2024.

Oración

Damos gracias a Dios por las semillas de esperanza que Él ha sembrado y que hoy reconocemos por sus buenos frutos.



Canto: Señor de la mañana
<https://youtu.be/32gV6uDRISc>

Texto bíblico: Mateo 28, 1-9 y 16-20

Él va camino de Galilea, allí lo verán

“Pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago y Salomé compraron perfumes para ir a embalsamar a Jesús. El primer día de la semana, muy de madrugada, a la salida del sol, fueron al sepulcro. Iban comentando: ¿Quién nos retirará la piedra de la entrada del sepulcro?”

Pero, al mirar, observaron que la piedra había sido ya retirada, y eso que era muy grande. Cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven sentado a la derecha, que estaba vestido con una túnica blanca.

Ellas se asustaron. Pero él les dijo: no se asusten. Buscan a Jesús de Nazaret, el crucificado. Ha resucitado; no está aquí. Miren el lugar donde lo pusieron. Vayan, pues, a decir a sus discípulos y a Pedro: Él va camino de Galilea; allí lo verán, tal como les dijo.

Ellas salieron huyendo del sepulcro, llenas de temor y asombro, y no dijeron nada a nadie por el miedo que tenían."

Palabra del Señor.

Meditación

¿Qué significa "ir a Galilea"?


"Ir a Galilea significa, ante todo, empezar de nuevo. Para los discípulos fue regresar al lugar donde el Señor los buscó por primera vez y los llamó a seguirlo. Es el lugar del primer encuentro y el lugar del primer amor. Desde aquel momento, habiendo dejado las redes, siguieron a Jesús, escuchando su predicación y siendo testigos de los prodigios que realizaba. Sin embargo, aunque estaban siempre con Él, no lo entendieron del todo, muchas veces malinterpretaron sus palabras y ante la cruz huyeron, dejándolo solo. A pesar de este fracaso, el Señor resucitado se presenta como Aquel que, una vez más, los precede en Galilea; los precede, es decir, va delante de ellos. Los llama y los invita a seguirlo, sin cansarse nunca. El Resucitado les dice: "Volvo a comenzar desde donde habíamos empezado. Empecemos de nuevo. Los quiero de nuevo conmigo, a pesar y más allá de todos los fracasos". En esta Galilea experimentamos el asombro que produce el amor infinito del Señor, que traza senderos nuevos dentro de los caminos de nuestras derrotas. El Señor es así, traza senderos nuevos dentro de los caminos de nuestras



derrotas. Él es así y nos invita a ir a Galilea para hacer lo mismo.

Ir a Galilea, en segundo lugar, significa recorrer nuevos caminos. Es moverse en la dirección opuesta al sepulcro. Las mujeres buscaban a Jesús en la tumba, es decir, iban a hacer memoria de lo que habían vivido con Él y que ahora habían perdido para siempre. Van a refugiarse en su tristeza. Es la imagen de una fe que se ha convertido en conmemoración de un hecho hermoso pero terminado, sólo para recordar. Muchos —incluso nosotros— viven la “fe de los recuerdos”, como si Jesús fuera un personaje del pasado, un amigo de la juventud ya lejano, un hecho ocurrido hace mucho tiempo, cuando de niño asistía al catecismo. Una fe hecha de costumbres, de cosas del pasado, de hermosos recuerdos de la infancia, que ya no me conmueve, que ya no me interpela. Ir a Galilea, en cambio, significa aprender que la fe, para que esté viva, debe ponerse de nuevo en camino. Debe reavivar cada día el comienzo del viaje, el asombro del primer encuentro. Y después confiar, sin la presunción de saberlo ya todo, sino con la humildad de quien se deja sorprender por los caminos de Dios. Nosotros tenemos miedo de las sorpresas de Dios, normalmente tenemos miedo de que Dios nos sorprenda. Y hoy el Señor nos invita a dejarnos sorprender. Vayamos a Galilea para descubrir que Dios no puede ser depositado entre los recuerdos de la infancia, sino que está vivo, siempre sorprende. Resucitado, no deja nunca de asombrarnos.

Ir a Galilea significa, además, ir a los confines. Porque Galilea es el lugar más lejano, en esa región compleja y variopinta viven los que están más alejados de la pureza ritual de Jerusalén. Y, sin embargo, fue desde allí que Jesús comenzó su misión, dirigiendo su anuncio a los que bregan por la vida de cada día, dirigiendo su anuncio a los excluidos, a los frágiles, a los pobres, para ser rostro y presencia de Dios, que busca incansablemente a quien está desanimado o perdido, que se desplaza hasta los mismos límites de la existencia porque a sus ojos nadie es último, nadie está excluido. Es allí donde el Resucitado



pide a sus seguidores que vayan, también hoy nos pide de ir a Galilea, en esta “Galilea” real. Es el lugar de la vida cotidiana, son las calles que recorreremos cada día, los rincones de nuestras ciudades donde el Señor nos precede y se hace presente, precisamente en la vida de los que pasan a nuestro lado y comparten con nosotros el tiempo, el hogar, el trabajo, las dificultades y las esperanzas. En Galilea aprendemos que podemos encontrar a Cristo resucitado en los rostros de nuestros hermanos, en el entusiasmo de los que sueñan y en la resignación de los que están desanimados, en las sonrisas de los que se alegran y en las lágrimas de los que sufren, sobre todo en los pobres y en los marginados. Nos asombraremos de cómo la grandeza de Dios se revela en la pequeñez, de cómo su belleza brilla en los sencillos y en los pobres” (Tomado de: Papa Francisco, Homilía de la Vigila Pascual, abril 3 de 2021).

Después de un tiempo prudencial de silencio, se concluye con la oración “Hombre de Esperanza”
(Véase en los anexos, página 33).

Primer momento: Campos por sembrar

Reunidos por pequeños grupos, los participantes identifican, en sus propios contextos, aquellos campos (personas, lugares, escenarios y ambientes), que por su situación actual (olvido, descuido, dificultad, aridez, sombras...) requieren una urgente presencia de nuestra acción evangelizadora (reconocimiento, valoración, atención, preparación, siembra y cultivo).

Para la ubicación de estos “otros campos” por sembrar, pueden ayudar las siguientes preguntas:

¿Quiénes son esos “buscadores” a los que el Señor nos envía hoy?

*¿Qué están buscando? ¿Dónde están buscando?
¿Qué lugares habitan? ¿Qué signos de vida manifiestan?*



Segundo momento: Construcción de la propuesta de misión

Una vez identificados los “otros campos por sembrar”, el grupo de participantes construye su propuesta para pensar y organizar la gran misión arquidiocesana del próximo año.

Orientados por el animador del grupo, conversan entorno a la siguiente pregunta:

¿Qué propuestas ven necesarias hacer para pensar y organizar la misión arquidiocesana en los campos que hemos señalado y con las “semillas de esperanza” que están dando ya buenos frutos?

Previamente, el grupo ha elegido un secretario que toma atenta nota de las propuestas para hacerlas llegar de manera escrita, por medio del párroco, al arcipreste respectivo; el cual, a su vez, las recogerá y sintetizará para entregarlas al Vicario Territorial correspondiente.

Se cierra el encuentro entregando a los participantes el distintivo del *Camino Discipular Misionero* y poniendo en las manos de María, *Perfecta Discípula y Madre de la Esperanza*, la misión arquidiocesana.

Anexas Oraciones

Adsumus, Sancte Spiritus



Estamos ante ti, Espíritu Santo,
reunidos en tu nombre.
Tú que eres nuestro verdadero consejero:
ven a nosotros,
apóyanos,
entra en nuestros corazones.
Enséñanos el camino,
muéstranos cómo alcanzar la meta.
Impide que perdamos
el rumbo como personas
débiles y pecadoras.
No permitas que
la ignorancia nos lleve por falsos caminos.
Concédenos el don del discernimiento,
para que no dejemos que nuestras acciones se guíen
por prejuicios y falsas consideraciones.
Condúcenos a la unidad en ti,
para que no nos desviemos del camino
de la verdad y la justicia,
sino que en nuestro peregrinaje terrenal
nos esforcemos por alcanzar la vida eterna.
Esto te lo pedimos a ti,
que obras en todo tiempo y lugar,
en comunión con el Padre y el Hijo
por los siglos de los siglos.
Amén

Oración sobre la mirada de Jesús

¡Señor, haz que mi mirada esté fija en las personas que tengo cerca, para que pueda verlos a cada uno como los ves tú, con su dignidad, con sus errores, con sus valores, con sus cosas buenas! ¡Que no solo vea sus defectos ni sus apariencias sino el amor que sientes por ellos! ¡Permíteme, ¡Señor, que cada persona sea capaz de ver al prójimo tal y cómo lo ves tú, como un hijo al que amas profundamente! ¡Permíteme, ¡Señor, escuchar al prójimo todas sus necesidades y sus lamentos, y hacerlo como lo harías tú con profundo amor, con ternura, con misericordia, con generosidad y con compasión para poder comprenderlos, amarlos y dar plenitud a sus necesidades! ¡Sobre todo, ¡Señor, permíteme que comprenda a las personas que tengo cerca para servirles mejor, para amarlos más, para quererlos con el corazón abierto, para volver mi corazón hacia ellos, para no hacerles sufrir, para supeditar mi yo a sus necesidades, para ser paciente, misericordioso, generoso y amoroso! ¡Ayúdame a estar unido a ellos para estar unido a ti por siempre y para siempre!

Amén.

Oración para crecer en la Esperanza

Dios de la gracia y de la vida eterna,
aumenta y fortalece en nosotros,
que somos fruto y semilla, el don de la Esperanza;
danos esta virtud de los fuertes,
esta fuerza de los confiados,
este ánimo de los inmovibles.

Haz que sintamos siempre ansia de ti,
que eres cumplimiento infinito del ser
y razón de nuestra Esperanza;
haz que siempre confiemos en ti
y nos apoyemos en tu fidelidad;
haz que, sin vacilación, nos agarremos siempre a tu poder;
haz que por tu Espíritu que actúa en nosotros,
seamos fuente de luz esperanzada para el mundo.

Entonces, Señor y Dios nuestro,
seremos gestores de un mundo nuevo,
entonces podremos acometer animosos, una y otra vez,
la tarea de nuestra vida, puestos los ojos en ti.

Entonces vivirá en nosotros la gozosa seguridad
de que no trabajamos en balde;
entonces realizaremos nuestra tarea evangelizadora
y sabremos que, cuando fallan nuestras fuerzas,
Tú, Dios de la Esperanza, operas en nosotros,
por nosotros y aún, sin nosotros.

Quédate con nosotros Señor y anímanos al caminar
con la Esperanza de tu resurrección.

Amén.

Hombre de esperanza

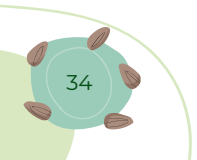
Soy un hombre de esperanza porque creo que Dios es nuevo cada día. Porque creo que Él está creando el mundo en este instante. No lo creó en un pasado lejano y se ha olvidado de él. Lo crea ahora: hay que estar dispuestos a esperar lo inesperado de Dios. Los caminos de la providencia son habitualmente sorprendentes. No estamos prisioneros de ningún determinismo, ni de ninguna estadística de los sociólogos.

Dios está aquí, a nuestro lado, imprevisible y amante. Por eso nuestra historia es historia de Dios y la historia de Dios es la historia de los hombres. Soy un hombre de esperanza, y no por razones humanas o por optimismo natural, sino simplemente porque creo que el Espíritu Santo actúa en la Iglesia y en el mundo, hasta allá donde es ignorado.

Soy un hombre de esperanza porque creo que el Espíritu Santo es siempre Espíritu creador. Cada mañana da, al que lo sabe acoger, una libertad fresca y una nueva provisión de gozo y confianza. Yo creo en las sorpresas del Espíritu Santo. ¿Quién se atrevería a decir que la imaginación y el amor de Dios se han agotado?

Esperar es un derecho, no un lujo. Esperar no es sólo soñar. Es el medio para transformar los sueños en realidad. Felices los que tienen la audacia de soñar y de estar dispuestos a pagar un precio a fin de que sus sueños puedan hacerse realidad en la historia de los hombres.

Cardenal Suenens





Semillas de Esperanza
Ejercicios de reconocimiento
Tiempo para la Siembra
2023

Portada: Jesucristo y el Espíritu Santo con la gente
Autor: Bernardo Ramonfaur
Librillo elaborado por: Vicaría de Evangelización



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ
Vicaría de Evangelización